

MADRID ELEGANTE

ESTAMOS en plena *season*; abiertos todos los teatros; ofreciendo el Real el aspecto de sus mejores tiempos; hallándose en sus palcos reunida toda la sociedad aristocrática, es allí á donde el cronista mundano debe ir á buscar el asunto de sus artículos.

Ensayemos, pues, este género de *interviews*, aplicado á las crónicas elegantes.

Acercándonos á una dama de las que suelen hallarse mejor enteradas, preguntámosle por las bodas efectuadas ó concertadas en el verano.

—Verá usted,—nos contesta la dama aludida,—el tema es verdaderamente inagotable. En primer lugar, el hijo tercero del Presidente del Congreso, don Manuel Pidal y Bernaldo de Quirós, que cuenta en la actualidad 25 años de edad, contraerá matrimonio con la preciosa señorita doña María Sánchez Arjona, de ilustre familia extremeña.

—Páreceme que no es esa la primera boda que se celebra entre ambas familias.

—En efecto, un Sánchez - Arjona, primo carnal de la novia, contrajo matrimonio hace apenas dos años con doña Carmen Pidal, hija también del ilustre político asturiano.

—¿.....?

—La bellísima señorita doña Blanca Chao, que siempre que se presenta en los salones, provoca un murmullo de admiración por su espléndida hermosura, se casa con el joven y distinguido artista, don Luis Rómula, á cuyo cargo corre la dirección artística del *Blanco y Negro*.

—Siendo como es, artista, estaba obligado á demostrar que tiene buen gusto.

—¿.....?

—Otros dos jóvenes que gozan de grandes simpatías en nuestra sociedad, forman también en esta lista: ella es la señorita de Lascoiti, hija de los Condes de este título y nieta del difunto Marqués de Casa-Jiménez, y él es el primogénito de los Marqueses de Caracena del Valle, don Adolfo Valenzuela.

—De otra boda han hablado los periódicos madrileños, y aunque lo han hecho reservando los nombres, eran las señas tan claras, que no creo indiscreto descubrir el velo del incógnito.

—¿Se referirá usted á la de la opulenta y encantadora señorita de Zabálburu, con el Conde de Heredia-Spínola y de Tilly, Marqués de Iturbida?

—Efectivamente.

—Pues, creo que es cosa concertada.

Me despedí de la ilustre dama á quien tales confidencias debía, y entrando en otro palco, entablé nueva conversación.

—¿Cree usted que este invierno habrá mucha animación en los salones?—pregunté á una señora de las que nunca faltan á las fiestas aristocráticas.

—Creo,—contestó la interpelada,—que entre nosotros se ha establecido ya una costumbre que será difícil desterrar; me refiero á la época de las fiestas mundanas. De algunos años á esta parte, sólo se celebran algunas en las proximidades del Carnaval, dejando para la primavera la celebración de las grandes fiestas.

—Según eso, ¿opina usted que la animación de la vida de sociedad no se manifestará todavía?

—Opino que no faltarán señoras que se queden en casa un día á la semana; la Marquesa de Squilache verbigracia, cuyo salón no se cierra

nunca, y cuyos viernes son verdaderos bailes. Se reanudarán los *five ó cloe*, especialmente entre los diplomáticos, y hasta se bailará en algunos salones, en la Embajada de Alemania por ejemplo; pero las grandes fiestas, caso de verificarse, se quedarán para Carnaval ó para la primavera.

—¿Y es verdad que los Duques de C., pensaban recibir en su antiguo y recién restaurado palacio?

—Así se dijo; mas no lo creo posible, pues, según mis noticias, después de haberse gastado un dineral en alhajar y decorar aquella casa, se encuentra en la actualidad necesitada de nuevas y urgentes reparaciones.

Esta última parte de la conversación, llevábame como de la mano á otro orden de ideas, y como al atravesar el *foyer* tropezara con un conocido agente de negocios, le abordé en los siguientes términos.

—¿Cuántos hoteles y palacios han cambiado de dueño en estos últimos meses?

—Muchos, me respondió; se han vendido dos palacios que llevaban no pocos años sin hallar compradores: el del difunto Duque de Abrantes en la calle de Serrano, adquirido por el señor Chavarri, y el de Guadalcázar, en la calle de San Bernardo, que estuvo para comprar S. A. la Infanta Doña Isabel, y que ha sido adquirido por los señores de Iturbe.

—¿El nuevo ministro de Méjico en España?

—El mismo, cuya esposa es hermana de la Marquesa de Ivanrey. Cuando se termine de amueblar, se celebrarán allí grandes fiestas.

—¿.....?

—El precioso hotel que en la Castellana poseen los Condes de Benahabís, y que durante bastantes años ha servido de residencia á los Marqueses de Vistabella, ha sido adquirido por el Conde de Romanones, que se dispone á habitarlo en breve; el Marqués de Alcañices se traslada á su hotel del paseo de Recoletos, donde vivieron, sucesivamente, los Condes de la Corzana, los señores de Scholz, la Marquesa de Romero de la Tejada y los de Villaviciosa de Asturias; los Vizcondes de Alcira ocupan ya su magnífica casa del paseo de la Castellana, cuyos otros dos pisos son ocupados por los citados Marqueses de Villaviciosa y por los Condes de Asmir; los Marqueses del Riscal se han instalado ya en la plaza de la Villa, en la antigua casa de la Condesa de Oñate; Mme. Le Motheux aban dona el piso bajo de la calle del Saúco para trasladarse al lindo hotel de la calle de Zurbano, en que vivió mucho tiempo la Condesa de Verdú; los Condes de Vilana han terminado ya la decoración del suyo que es muy elegante, *et sic de ceteris*.

Me despedí de mi agente, con la cabeza hecha un *maremagnum* de hoteles y palacios, y como la gente abandonaba el regio coliseo, me dispuse á hacer lo mismo, no sin sorprender antes el siguiente dialogo de una enamorada pareja.

—¿A dónde vas mañana?

—A casa del Castillo de Chirel.

—¿Reciben?

—Es el santo de la Baronesa (el Patrocinio de Nuestra Señora), y al igual que todos los años, se celebrará la primera *matinée* del invierno.

—Pues no faltaré.

MONTE-CRISTO

LA APUESTA DEL DIABLO

I

HABÍAN empezado las vacaciones en el Infierno. Satanás, aburrido de la calma chicha que reinaba en sus dominios, y á fuer de sujeto activo y estudioso, se decidió á pasar una temporada entre los hombres. Pero, á fin de no armar un cisco, si éstos le veían en su traje habitual, plegó cuidadosamente las alas, que desaparecieron por completo bajo una americana de invierno, se rasuró el pelo, á fin de que nadie pudiese tomárselo, se calzó unas botas, cortó las uñas de las manos y empezó su excursión, bajo la figura de un burgués algo agitanado en sus adarés y en sus facciones.

Como en aquella época no trabajaba por obligación, no se daba mucha prisa en buscar clientes para sus estados. De cuando en cuando, descansaba unos días; y nadie, al ver su aspecto bonachón, hubiese creído que dentro de la piel de aquel hombre hubiese el mismísimo Diabolo, en carne y hueso.

II

En una posada que habitualmente sólo frecuentaban los contrabandistas y los carabineros, cerca de la frontera francesa, un hombre joven

y buen mozo mataba el tiempo requebrando á la maritornes, que era fresca y rolliza y nada esquiva, y sorbiendo vaso á vaso una media jarra del tinto que se había hecho servir después de cenar.

Cuando más enfrascadas estaban aquellas dos personas en su dialogo naturalista, sonó un recio aldabonazo. La moza abrió la puerta, y apareció por ella la estampa de Satanás, en traje de ciudadano. Saludó con desembarazo, sentóse en una mesa cercana á la que ocupaba el único cliente, y después de pedir que le sirvieran una cena substanciosa y el mejor vino que en la posada hubiera, trabó conversación con su vecino.

Es sabido que el Diabolo sabe mucho, y que, cuando quiere hacerse agradable lo consigue sin grande esfuerzo. Esa vez no mintió la fama. Al cabo de media hora de charla, un tanto descosida, Satanás y el estudiante — porque lo era el mozo, — se habían convertido en buenos amigos. Como apenas eran las seis de la tarde y ninguno de los dos viajeros tenía sueño, Satanás propuso á su interlocutor echar unas partidas á la brisca. Se aceptó la proposición, y ambos prójimos pusieron toda su atención en el juego. La majestad incógnita estaba aquel día de buen humor y como por otra parte el dinero no le costaba nada, pues era de su fabricación especial, tuvo la idea de jugar sin hacer la más pequeña trampa. Pero al ver la gran suerte que tenía su adversario, empezó á picarse y, buscando el desquite, jugó más fuerte. Cambió, pues, la cuantía de las

64

apuestas; mas no la suerte verdaderamente extraordinaria del estudiante. Y tan buena maña se dió en aprovecharse de ella, que, al cabo de un par de horas, todo el dinero del Diabolo había pasado á su poder.

Claro está que podía éste haber jugado cualquier mala pasada á su contrincante; pero ya he dicho que aquel día estaba de buenas, y no quiso prevalerse de malas artes. Al acabar el dinero jugó las alhajas que llevaba, y una vez perdidas, dijo al estudiante:

—Cuando he entrado aquí estábais hablando con la cocinera, que por cierto es una muchacha muy apetitosa.

—Es verdad,—contestó el otro riendo,—pero bajo las apariencias un tanto descocadas, parece que es una virtud de primer orden.

—¡Bah!

—Como lo oís. Me ha dicho muy seriamente que estaba comprometida con un mulatero, y que por nada del mundo le jugaría una mala tretra.

—Os digo que esa moza es de la misma pasta que las demás.

—Y yo os afirmo lo contrario.

—Bueno; no vamos á pelearnos por tan fútil motivo; pero, como he perdido cuanto dinero y alhajas tenía, si queréis, os hago una apuesta.

—¿Cuál?

—Juego la virtud de esa muchacha, contra las alhajas que me habéis ganado. Si os favorece también la suerte, vuestra es la chica; si se decide por mí, me devolvéis esas alhajas.

El estudiante miró con asombro á su interlocutor. Parecía hablar muy formalmente. Pero al mozo se le hacía muy cuesta arriba creer que aquel hombre estuviera en su sano juicio. Para cerciorarse de ello, replicó:

—Me parece que olvidáis una condición esencialísima.

—Decid, amigo.

—Que esa moza no estará dispuesta á obedeceros.

Satanás se sonrió.

—¿No obedecerme una mujer? ¡Tendría gracia!

El acento, el gesto, la mirada de S. M. I. fueron tan dominadores, tan burlones, expresaban con tanta claridad el poder omnímodo que aquel sujeto creía tener sobre las mujeres, que el estudiante le miró aborto y un tanto atortolado.

—Para que no os quepa ninguna duda,—dijo el infernal personaje,—voy á llamar á la muchacha.

Y en tanto que el mozo se reponía de su extrañeza,

—¡Rosal!—gritó con voz fuerte.

Apareció la fámula, gentil y rehecha.

Entonces Satanás hizo signo de que se le acercara. Obedeció la chica, y entre los dos, en una lengua que el estudiante no entendía, pero que las mujeres y el Diabolo hablan correctamente, se cruzó breve dialogo.

—Rosa consiente en ser el precio de la apuesta,—repuso en buen romance el Diabolo.—Y por vuestra parte vais á ver un espectáculo que no volveréis á ver en vuestra vida, aunque viviérais la edad de las piedras.

—¿Cuál?

—Ahora no puedo deciroslo. Jugad y observad, y cuando nos despedamos os revelaré el secreto, si es que vuestra penetración natural no os lo ha explicado.

Y diciendo y haciendo, Satanás barajó las cartas, cortó el estudiante y empezó el juego.

El coto era á cinco partidas. Las dos primeras las ganó el estudiante con la misma suerte que hasta entonces. Indecisa se mantuvo la tercera hasta lo último. El estudiante creía ya suyo el triunfo y miraba con ojos

enamorados á la moza, que presenciaba el juego imparable y como si nada fuera con ella. De repente, Satanás acusó las cuarenta, con una sonrisa que producía malísimo efecto, y la partida fué suya.

Un tanto contrariado por aquel primer revés, el aprendiz de humanista barajó con furor y largo rato. ¡Inútil empeño! La suerte había cambiado. Al primer tercio de la partida le llevaba el adversario tal ventaja, que era imposible disputarle la victoria. Los dos enemigos tenían igual número de partidas. La quinta era la decisiva.

Rosa sonreía satisfecha. Al estudiante se le llevaban los demonios, y eso que el otro no hacía gesto alguno, pareciendo, por lo contrario, más tranquilo que nunca, más sereno.

Aquella última partida fué una derrota completa, rápida y decisiva para el estudiante. En menos de diez minutos, y á pesar de que puso toda su perspicacia á servicio de su deseo, fué vencido.

Satanás sonrió nuevamente, con una sonrisa que ponía piel de gallina. En manos del estudiante, el cual, despechado, dijo:

—Van contra la apuesta anterior cuanto os he ganado y cuanto poseo en este momento.

—Acepto.

Tornaron á barajarse las cartas y tornó á ganar el mozo las dos primeras partidas; pero, como la vez anterior, perdió las tres últimas. Rosa, al ver el resultado final, salió de la sala, en tanto que con gran cachaza, decía Satanás al joven.

—¡Eal! Ya estáis sin un cuarto y de mal humor. Pero, como en cambio el mío es excelente, no quiero daros pie para que con el tiempo digáis pestes de mí. Me parece que sois un buen muchacho y no quiero tundiros de vuestros vellones. Tomad cuanto os he ganado.

Y al decir esto, con un ademán que recordaba su antigua naturaleza de arcángel, alargó al admirado mozo todas las piezas de plata que, por medio de su endiablada habilidad, había hecho suyas.

—¡Tomad!—repitió, viendo que su adversario vacilaba—tomad y que la lección os aproveche.

—¿La lección? ¿Sois acaso maestro?—preguntó con retintín el mozo, ya amoscado y dispuesto á armar camorra.

—Si no lo fuera en malas artes, no me abrogaría la calidad de tal,—replicó con grave majestad el Diabolo.

Y al tiempo que pronunciaba estas palabras, se levantó, Como en una comedia de magia, perdió la figura que tenía y apareció con la suya ante los ojos atónitos del joven.

Antes de desaparecer, dijo así:

—Puedes alabarte de haber jugado y bebido con Satán en persona. Hubieras ganado siempre, porque, en jugando yo de buena fe, siempre pierdo; San Pedro te puede enterar de ello. Pero has tenido la malaventurada idea de jugar contra la virtud de una mujer, cosa que no debe hacer ningún bien nacido, y el triunfo ha sido mío.

Rosa, que en aquel momento entraba de nuevo... al ver la facha del Enemigo Malo, lanzó un chillido y fué á refugiarse entre los brazos del aborto mozo.

Satanás sonrió de nuevo... y desapareció en la penumbra.

Alguien asegura que, en definitiva y á pesar del olor de azufre que llenaba la habitación, no fué el mozo quien perdió la apuesta. Pero el caso es muy dudoso, y como Satanás es poco comunicativo, nadie puede decidir el caso á ciencia cierta.

A. RIERA



265

¡PÍCARA LLUVIA!

Salí del Congreso sofocada, sudando, y temiendo un desastre en mis rizos, dorados por la mañana muy aprisa, sin tiempo para que el tinte se secase lo bastante. ¡Dios mío! ¿estarían deshechos y desteñidos? ¡Qué atrocidad! No temí que se conociera el tinte; eso no. Las mujeres que adoptamos este color, lo hacemos para que se sepa... ¡Es tan carol... He observado que los hombres odian el tinte que pretende ocultar canas, y entoquecen ante una cabeza de muñeca, con cabellos pajizos, sueltos, desordenadamente alborotados. ¿Que no es natural el color? ¡bah! en cambio es parisense;... mundano.

Salí, como digo, del Congreso, y quedé desagradablemente sorprendida, bajo un cielo cubierto de negruzcos nubarrones, que dejaban caer menuda pulverización... ¡Lluvia de cala bobos! Pues, aguacero en puerta... Había que aprovechar los momentos. Abrí el paraguas, recogí mi falda con discreta coquetería y eché a andar en busca del hotel... En mis oídos resonaban aún las enérgicas frases de mi esposo, diputado por Villapagana, dirigidas á uno de sus colegas: « S. S. es un imbécil ». La frase era algo dura, pero justa. Por algo se echó á reír la Cámara en peso y el Presidente no invitó á mi señor marido á retirarla. « S. S. es un imbécil ». No sé qué extraño eufemismo me hacía encontrar delicioso el insulto... A las mujeres nos gusta mucho lo atrevido, aunque tenga sus ribetes de grosero.

Entré por la calle del Turco y salí á la de Alcalá, en busca de la de Peligros... La lluvia comenzaba á formalizarse... Desde que saliera del Congreso, no cesé de sentir á mis espaldas unos pasos hombrunos que, por su insistencia en seguirme, comenzaron á picar mi curiosidad. Varias veces cambié de acera; pero inútilmente. No había que dudar; alguien me seguía. ¿Quién? Lo presumí. Aunque provinciana, no soy tonta... Debía de ser aquel guapo joven, de la tribuna de la prensa, que siempre me mira con simpática sonrisa en los labios... Esto pensando, y teniendo en cuenta que las letras son un gran apoyo para la oratoria, y que mucho pesa una gaceta encomiástica inspirada en la gratitud, descubrí bandera parlamentaria, recogiendo un poquito más mi airosa falda... para esquivar el barro. Afortunadamente, llevaba mis botitas nuevas, que ajustan á la perfección estos pies que... vamos, me han valido más de un piropo, desde que me llevan por las calles de la corte.

Yo no sé si por culpa de la lluvia ó de la presión atmosférica, los nervios apoderáronse de mí, y una ligera pena en el pecho hacíame suspirar inconscientemente. Lo que entonces pasaba por mí, no he podido explicármelo todavía... Caminaba presurosa, como huyendo de aquellos pasos firmes que me seguían; mi imaginación se fué exaltando y pensé... pensé que mi constante perseguidor, el simpático joven de la tribuna de la prensa, me detenía, me rogaba que le escuchase, que tuviese compasión de él... Yo me indignaba y al mismo tiempo sonreía. Después... después él... terco á mi lado, diciéndome que mi belleza era superior á la de todas las mujeres de Madrid; afirmación que, la verdad, no me producía mal efecto. Al fin, formulaba una declaración en toda regla, y yo... yo, en vez de enojarme, continuaba sonriendo, como animándole á seguir murmurando cosas tiernas... El mozo tenía una imaginación brillante... Se expresaba con calor, con imágenes bellísimas, dignas de inspirado poeta... ¿Por qué hacerle callar? ¡Éra tan de mi gusto aquel coqueteo sin compromiso...! La imaginación de la mujer, si he de juzgar por mí, se parece mucho, muchísimo á una caldera de vapor... Se caldea, la presión crece y crece; pero si se abre á tiempo la válvula, el vapor huye, y todo se normaliza... ¡Cuidado con la presión á que alcanzó mi cerebro aquella tarde! La lluvia, la pícara lluvia que exaltaba mis nervios... Ella era la culpable, ella, porque yo... juro á ustedes que no cruzó por mi mente ni una sola idea pecaminosa... Me gustaba aquel coqueteo mental, ¿á qué negarlo? Por mí, hubiese durado mucho; ¡mucho! ¡Éra tan galante aquel picarón!... En mis fantásticas suposiciones, llegué á verme metida en grave compromiso. ¡Una cita! Yo luchaba... luchaba por decir que nó; pero al fin... Yo no sé qué tiene este picaro Madrid, que su ambiente nos vuelve novelescos á los seres impresionables... Allá, en Villapagana, de fijo no hubiese supuesto tantas agradables picardías. Allí no hay ruido que aturda, ni ojos que miren como los del chico de la tribuna de la prensa, ni quien diga cosas tan lindas... Decididamente, en Villapagana, cuando llueve, no se mojan tanto las conciencias...

Bien, pues al llegar á lo de la cita, que yo pugnaba por rechazar... y que indudablemente hubiese rechazado... ¡no faltaba más!... ¡plaf! una ráfaga de aire, indecorosa, á juzgar por la fuerza con que tiraba de mi vestido, volvió del revés mi paraguas, sacándome de mis febriles quimeras... Lancé un grito de espanto, pugué por arreglar el inútil chirimbo, y Dios sabe cómo me hubiese puesto la lluvia, si en aquel instante no me cubre con su paraguas el alma caritativa que venía siguiéndome. Me volví, resuelta á emendar mis pasados errores *in menti*, y exclamé, con dignidad tribunicia: «—¡S. S. es un imbécil!»

Quedé fría... No era el chico de la prensa quien me cobijaba bajo su paraguas; era mi esposo, que había tenido la humorada de seguirme, no sé si por capricho... ó por otra causa.

El se echó á reír, con la satisfacción del hombre que está seguro de su dicha, y yo... yo, como no había allí presidente que me obligase á ello, olvidé retirar la frase con que mi esposo apabullara á su colega.

LUIS DE VAL



DOÑA JUANA LA LOCA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

Si grandes fueron las conquistas y el poderío de los Reyes Católicos, mayores fueron sus penas y desventuras como padres amantísimos, ya que en poco tiempo sufrieron los inmensos dolores de ver morir á su primogénito, el príncipe Don Juan; viuda, á su hija Doña Isabel; y gravemente perturbada la razón de su hija Doña Juana, heredera de su trono.

Nació ésta en Toledo, en Noviembre de 1479.

¡Qué vida la suya tan triste, y á la vez tan interesante!

Educada con gran esmero, como todos sus hermanos, por su madre Doña Isabel, distinguióse la princesa Doña Juana por su claro talento y facilidad para aprender, especialmente los idiomas; llegando á hablar el latín cual si fuera su lengua nativa.

En 1496, pasó á Flandes para unirse con el Archiduque Don Felipe de Austria. Este príncipe, aunque de pequeña estatura, era de tan regulares facciones, distinguido porte y fino trato, que mereció el dictado de *Hermoso*. Nada tiene, por tanto, de extraño, que cautivase el impresionable corazón de Doña Juana, la cual sintió por él una de esas violentas pasiones que deciden del porvenir de la criatura. Don Felipe ni correspondió al amor de su esposa, ni siquiera le fué leal. Al casarse con ella, ambicionaba ceñir á sus sienes la corona de España, y no abandonó por un instante dió á luz al luego Emperador Carlos V. En 1502 fué llamada por su madre, la reina Isabel, quien la hizo reconocer por su heredera en las Cortes de Aragón y Castilla. Don Felipe regresó á los Países Bajos, huyendo, dicen algunos cronistas, del ex-

cesivo amor de su esposa; mientras que otros aseguran, que, para continuar lejos de la severa corte de Castilla, su existencia aventurera. Doña Juana corrió tras él, celosa y enamorada, sin que un nuevo alumbamiento, de que nació el príncipe Don Fernando, le trajese el amor de su marido.

Muerta Doña Isabel (1505), su esposo, el rey Don Fernando, juntó Cortes que prestaron juramento de fidelidad á Doña Juana, como reina de España y á él como regente. La gran reina al morir temiendo por la razón de su hija, que ya había mostrado ciertas monomanías cuando su marido marchó á los Países Bajos, tuvo la precaución de nombrar regente á Don Fernando, por si su hija Doña Juana *no quisiera ó no pudiese reinar*. Delicada manera de salvar la incapacidad de su hija, perturbada por esa locura sublime que se llama *amor*.

Algunos nobles, á quienes había domado la férrea mano de Doña Isabel y Don Fernando, tratan de ganar el terreno perdido, y, conociendo el carácter ambicioso de Doña Juana, se oponen á la regencia de Don Fernando, que se retira á Aragón, proclamando al Archiduque, al cual, á pretexto de la locura de su esposa, pide á las Cortes, reunidas en Valladolid, que le otorguen el mando; propuesta que rechazan los dignos procuradores castellanos. El, sin embargo, comienza á ordenar como rey, repartiendo los cargos del Estado á los extranjeros que le han acompañado y á los nobles que le ayudan.

Efímero fué su reinado. El 25 de Noviembre de 1506 moría, casi de repente, de una fiebre *contraída por los excesos de un día de festines y placeres*.



Cuadro de FRANCISCO PRADILLA.

Premio de honor en la Exposición de 1876.

Doña Juana no le abandonó un instante. Embalsamado, al uso de Flandes, le hizo vestir un rico traje de brocado forrado de armiños, una gorra con un joyero á la cabeza, una cruz de piedras al pecho, y borcegués y zapatos á la flamenca. ¡El traje mismo con que le vió por la primera vez!

Días y noches pasó la infeliz contemplándole, sin ocuparse de los negocios del Estado. La reina había desaparecido, y sólo quedaba la esposa. Un día, sin embargo, llamó á su secretario Lazarraga y le mandó revocar todos los nombramientos hechos por su marido, devolviendo los cargos á los antiguos servidores de sus padres.

Empeñóse en trasladar á Granada el cadáver de Don Felipe, no sin verle antes. Contemplóle largo rato y no lloró... ¡Había llorado tanto por las infidelidades de su esposo con las damas flamencas que ya no tenía lágrimas!

Colocado el cadáver en un magnífico féretro y sobre un carro fúnebre, tirado por cuatro caballos, emprendió la marcha, seguida de algunos prelados, eclesiásticos y caballeros que no quisieron abandonarla. Doña Juana, cubierta con un largo velo, iba detrás, pareciendo la imagen del dolor. Aquella triste procesión tan sólo caminaba de noche, pues decía la sublime loca: «una mujer honesta, después de haber perdido á su marido, que es su sol, debe huir de la luz del día.»

En todos los pueblos en que descansaba le hacía funerales, prohibiendo la entrada á las mujeres. Acontecióla que marchando de Torquemada á Hornillos, mandó colocar el féretro en un convento de monjas, pensando que era de frailes. Al averiguarlo ordenó sacar el ataúd, y, no habiendo en el pueblo iglesia, le hizo llevar al campo, donde permaneció con la comitiva sufriendo todos los rigores de la estación. Momento interesante, elegido con mucho talento por el insigne artista don Francisco Pradilla para pintar su cuadro, verdadera joya del arte pictórico en nuestros días.

Con frecuencia hacía abrir la caja, tanto para ver si se lo habían robado, como por si resucitaba, según le había ofrecido un fraile cartujo.

Retirada á Arcos, trasladóse por último á Tordesillas, siempre con el féretro, aposentándose en el palacio y colocando el cuerpo del Archiduque en la iglesia de

Santa Clara, unida al mismo, y de tal modo dispuesto el túmulo, que ella pudiera verle desde su cámara.

Muerto su padre, sólo tuvo un momento lúcido, cuando Juan de Padilla, en la época de las comunidades, se presentó en Tordesillas. Al oír de su boca las vejaciones que los flamencos hacían sufrir á Castilla, les dijo:

—Mientras que yo no pueda remediar eficazmente los males de que os quejais, proseguid haciendo todo lo que convenga al bien público.

Su estado no era, pues, tan grave. ¿Quién sabe si tratada de otro modo, hubiera la infeliz recobrado la razón? Desgraciadamente, olvidada por su hijo Don Carlos, tuvo más por cárcelero que por guardián al marqués de Denia, *hombre de carácter acro, contra quien todos hablaban y todos se quejaban*, llegó á quitarla hasta su confesor, el P. Juan de Avila, y á encerrarla en una cámara que no tenía más luz que la de unas velas (Carta al Emperador, de su tía Doña Catalina).

En el mes de Enero de 1555 creció su locura, pasando los días en un lastimero grito con que aterraba el palacio y entrística al pueblo; mostrando un gran horror á todas las cosas piadosas. Afortunadamente, llegó á Tordesillas el antiguo Duque de Gandía, que en su niñez había sido paje de la Infanta Doña Catalina, ya convertido en San Francisco de Borja, y sus atenciones y cariños pudieron lo que no habían logrado las suspicacias y crueldades del Marqués de Denia. Doña Juana se serenó un tanto, confesó con gran fe, recibió la sagrada Extrema-unción, y murió repitiendo las oraciones que su piadoso auxiliante le decía. Sus últimas palabras fueron estas: *¡Escríbame crucificado sea conmigo!*

Era el 11 de Abril de 1555.

¡Triste destino el de esta desgraciada criatura: hija, perdió á su madre cuando más la necesitaba; reina, no llegó á gobernar; esposa, vióse olvidada y vendida por su marido; madre, no recibió los cuidados y los cariños que prodigó á sus hijos!

El amor, fuente para otros de dichas, fué para ella torrente de amarguras.

E. RODRIGUEZ-SOLIS